

# Memorias del Cigarral

1552  
2015







# Memorias del Cigarral

1552  
2015

GREGORIO  
MARAÑÓN  
BERTRÁN DE LIS

taurus



Edición y producción: Ediciones El Viso  
Santiago Saavedra, Mayte Garrido, Félix Andrada  
edicioneselviso.com

Diseño y maquetación: Subiela Bernat  
Fotocomposición: Nicolás García  
Fotomecánica: Emilio Breton  
Impresión: Brizzolis  
Encuadernación: Ramos

Primera edición: octubre de 2015

© Gregorio Marañón Bertrán de Lis, 2015  
© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:  
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona  
© de las fotografías: sus autores

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-306-1755-5  
Depósito legal: B-19008-2015

TA 1 7 5 5 5

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

Esta publicación se ha realizado en papel *Creator vol* de 135 gr/m<sup>2</sup> fabricado bajo certificación FSC C104638, que asegura su procedencia de bosques gestionados de acuerdo a las normas establecidas por el Forest Stewardship Council.

Para Pili, mi compañera de vida,  
también en la apasionante aventura  
del Cigarral.

Para nuestros hijos, Marta, María  
y Gregorio Marañón Medina;  
Pili, Isa y Alfredo Sánchez-Bella Solís;  
y Cristina y Javier Marañón Weissenberg.  
Con ellos continuarán estas *Memorias*.



<b>Agradecimientos</b>	<b>10</b>
<b>Prólogo</b>	<b>13</b>
<b>Introducción: La mariposa gigante</b>	<b>15</b>
Origen y etimología de los cigarrales	17
El Cigarral de Menores:	20
El convento y los jardines	21
Las estaciones	24
Senderos y caminos	30
Sonidos y silencio	41
<b>I. El Cigarral de Jerónimo de Miranda. Hogueras y canonjías (1552-1619)</b>	<b>45</b>
Nacimiento e infancia en Valladolid (1552)	47
La persecución del Santo Oficio (1558)	52
Veintiséis hogueras (1559)	53
Estancia en la Roma española (1576)	56
La canonjía número 29 de la Catedral de Toledo (1592)	58
Llegada a Toledo y compra del Cigarral (1595)	62
La fortuna del mayorazgo (1601)	64
El Ayuntamiento derriba la puerta (1602)	67
La ermita de San Jerónimo (1611)	68
Ante Felipe III (1618)	72
Fundación del Convento de San Julián (1618)	75
Las campanas del entierro (1619)	77
La almoneda (1619)	79
<b>II. El Convento de San Julián. Tiempos de espiritualidad y decadencia (1619-1921)</b>	<b>83</b>
«Collegio di Santi» (1619-1835)	85
Desamortización y decadencia (1835-1921): un héroe de la Independencia, un liberal desterrado, un mártir beato, un teniente concejal y un notario especulador	90
<b>III. El Cigarral de Marañón. Auge y esplendor (1921-1977)</b>	<b>99</b>
El Señor de los Dolores (1921-1929)	101
Las Altas Cumbres (1929-1936)	120
Abismos de guerra (1936-1942)	134
Retorno al Cigarral (1942-1960)	142
Cigarrales que mueren (1960-1977)	152
<b>IV. El Cigarral de Menores. Monumento (1977-2015)</b>	<b>163</b>
Retrato de familia en el Cigarral	165
El paraíso recuperado	173
Amigos y visitantes	179
De Eduardo Chillida a Cristina Iglesias	195
La Vega Baja y los caminos del Cigarral	204
Monumento	213
<b>Bibliografía</b>	<b>235</b>
<b>Índice onomástico</b>	<b>240</b>



## Agradecimientos

A mi abuelo Gregorio, que es siempre mi mejor ejemplo. También a mi abuela Lola, tan decisiva en su vida y en la de nuestra familia. Ambos rescataron el Cigarral del olvido y restauraron sus ruinas.

A mi madre: de su mano me adentré en la vida y en el Cigarral de mi niñez.  
Y a mi padre, que con su apoyo me permitió adquirirlo.

A mi tía Carmen Marañón: sin su desprendimiento el Cigarral no me habría llegado.  
Y a mi tío Alejandro Fernández de Araoz. Ambos lo reconstruyeron tras las heridas de la guerra.

A Juan Lladó, mi maestro, a quien también debo el inicio de la carrera profesional que me permitió comprarlo.

A mi hijo Gregorio, excelente arquitecto y paisajista, nuestro principal colaborador en las tareas de restaurarlo y mantenerlo.

A todos los que nos han ayudado en el Cigarral con su maestría profesional.

A quienes me han posibilitado durante casi tres lustros escribir este libro.

A Juan Cruz, por sus ánimos y valioso criterio; a Jaime Olmedo, cuyas correcciones y sugerencias tanto han enriquecido el texto; a Carmen Jiménez que me ayudó a encontrar



los primeros documentos; a José Miguel González Soriano, cuya investigación ha sido decisiva en la parte histórica de la obra; a Paloma Acuña, Jesús Carrolles y Juan Francisco Fuentes, por sus buenos consejos y sus lecturas previas; a Ángel Fernández Collado, por haberme ilustrado sobre la Catedral de Toledo en los siglos XVI y XVII; a Manuel Arias, que me ha abierto los secretos del Valladolid de Jerónimo de Miranda; a Bernardo Pérez, Simon Upton, David Blázquez, Amaya Aznar, Enrique Jiménez y Antón Goiri, por sus excelentes aportaciones fotográficas; a María Eugenia Alguacil, del Archivo Provincial de Toledo, Julia Montalvillo, responsable del archivo de la Fundación Casa Ducal de Alburquerque, y Luis Miguel de la Cruz, del Archivo Histórico Nacional, por su acogida; al personal del Archivo General Diocesano de Toledo y de Valladolid, del Archivo Histórico Municipal de Toledo, y del Registro de la Propiedad de Toledo; a Carlos de Hita y a Rafael Márquez, por sus grabaciones de los sonidos del Cigarral, que se incorporan a esta obra; a Luis Avial, por sus búsquedas de los restos de don Jerónimo con el georradar; a Mariluz Santos y Sira Alandi, por su valiosa ayuda; a mi hija María, por su asistencia en todo; y a Isabel Sánchez, por su paciencia, su buen criterio y su colaboración fundamental a la hora de transcribir el libro.

A Santiago Saavedra, inmejorable compañero en el viaje de esta edición, por su profesionalidad, sensibilidad estética y amistad de siempre; y a su magnífico equipo de El Viso, personificado en Félix Andrada.

Finalmente, a Pilar Reyes, por la ilusión y los medios con los que aborda la tarea esencial de llevar este libro a los lectores. Y con ella, a Taurus, que ha hecho suyo este título.



## Prólogo

*Tienes prisa por escribir,  
como si fueras con retraso por la vida.  
Si es así, corteja a tus fuentes.  
Y apresúrate.*

René Char

Hay paisajes, ciudades, casas, que tienen el poder mágico de incorporarnos, de hacernos suyos, de suscitar en nosotros un inevitable sentimiento de arraigo. A mí me ha sucedido con el Cigarral y, desde el Cigarral, con Toledo.

Entre sus tapias de piedra y adobe, el tiempo se remansa y pasa sin herirnos. Su retiro siempre nos aguarda cuando las tormentas de la vida amenazan con desarbolar nuestro espíritu, cuando precisamos de ese descanso que precede al inicio de una nueva aventura o cuando, sencillamente, buscamos el goce en paz de nuestra felicidad.

Con el Cigarral, como con todo lo que se quiere verdaderamente, el sentimiento de posesión se desvanece y nos sentimos llamados a cuidarlo con devoción para transmitirlo cuando llegue el momento. Yo lo estoy haciendo desde 1977 con el mayor respeto a su tradición, pero también sintiéndome libre para llenar de nueva vida su casa conventual y cada uno de los surcos de su campo. Pili, mi mujer, a la que tanto debo también en este entrañable ámbito toledano, me ayuda decisivamente en la tarea: ambos, desde la inefable plenitud del sentimiento amoroso que nos une, compartimos un mismo proyecto de vida del que el Cigarral de Menores forma parte.

Las páginas que siguen se abren a una memoria de más de cuatro siglos que desde hace casi uno se confunde con la memoria de mi familia.



Introducción:  
La mariposa gigante



## Origen y etimología de los cigarrales

El origen histórico de los cigarrales se remonta al siglo XI. Tras la caída del Califato de Córdoba, Toledo emerge como la principal ciudad de la España musulmana y su población crece rápidamente, originándose un grave problema de abastecimiento. Las fértiles vegas del Tajo están totalmente cultivadas y la necesaria expansión agrícola se extiende por los alcores de los cigarrales. Se aprovecha el agua que existe en su subsuelo mediante pozos y norias, que conforman un avanzado sistema de riego, y se construye una cadena de torres de vigilancia sobre los promontorios más altos. Pero será en el siglo XVI cuando estas propiedades se configuren como hoy las conocemos. La ordenanza municipal que permitió en ese siglo cercarlas para protegerlas del ganado trashumante contribuyó a darles un nuevo y definitivo carácter como lugar de recogimiento y disfrute.

La acuñación del término *cigarral* es necesariamente anterior a su utilización literaria, que se limitó a recoger una denominación existente. La investigación de las escrituras notariales de esa época constituye una fuente todavía no explorada en cuanto a la antigüedad del nombre. En 1576 aparece por primera vez publicado en el *Memorial de las cosas notables de la Ciudad Imperial de Toledo*, de Luis Hurtado de Toledo, pero Sebastián de Horozco<sup>1</sup> ya lo había utilizado antes en el poema erótico «Cuento donoso de un bigardo, y una dama, y un lagarto», de su *Cancionero* (c. 1540-1579):

Esta dama se fue un día  
a holgar a un cigarral,  
y a la sazón que dormía  
un lagarto que allí avía  
se le entró en el proxenal...

1  
Jesús Carrolles, Jorge Morín y Sagrario Rodríguez, en «El cigarral. Diferenciación, percepción y caracterización de un paisaje cultural», recogen otra cita de Horozco de su *Teatro Universal de Proverbios (1560-1569)*: «Hacen algunos caudal, diciendo ser heredados, porque tienen un cigarral»; vid. Carrolles y Morín de Pablos (eds.) (2014: 25-42).

En 1611 Sebastián de Covarrubias, hijo de Sebastián de Horozco, escribió en su *Tesoro de la lengua castellana o española*, que en Toledo llaman cigarrales a «ciertas heredades, no lejos de la ciudad, en aquellas cuestas que ordinariamente son unos cercados pequeños; las más tienen fuentes, con que riegan alguna cosa; tienen árboles frutales, de secano, un pedazo de viña, olivas, higueras, y una casita donde recogerse el señor cuando va allá. Pero algunos cigarrales destos son famosos, de gran valor y recreación, aunque de tanto gasto como provecho. El padre Guadix dice ser nombre arábigo, y que vale tanto como casa pequeña»<sup>2</sup>.

La primera edición del *Diccionario* de la Real Academia Española, conocida como *Diccionario de autoridades*, publicada en 1729, también recoge la equivocada etimología del P. Guadix: «En Toledo se llaman así unas huertas cercadas, donde hay árboles frutales, y también sus casas, para irse a divertir los dueños y otras familias, en diferentes estaciones del año. Es voz árabe —según el P. Guadix— que vale Casa pequeña».

En 1857, Sixto Ramón Parro, autor de la mejor guía de Toledo que se haya escrito hasta ahora, describe los cigarrales de entonces: «Son unos cercados, ordinariamente de poca extensión, en que hay plantío de olivas y frutales, con especialidad de que produce los exquisitos y renombrados albaricoques toledanos, y por lo regular tienen casa cómoda, así para los guardas, que se titulan *cigarraleros* y las habitan con sus familias formando una barriada de no escasa población, como para los dueños que disfrutaban frecuentemente de ellas para irse a comer o buscar solaz en el campo contra los enojos de la ciudad». Parro también relata que la ermita de San Jerónimo se profanó en el siglo XIX y que un prebendado de la Catedral —M. Vázquez— la rehabilitó para el culto, añadiendo que la casa convento de San Julián se encontraba bastante arruinada. Ambas edificaciones, ermita y convento, conforman el Cigarral cuya memoria ocupa estas páginas.

Actualmente, el *Diccionario* de la Real Academia dice que *cigarral* es «casa de recreo y huerto que la rodea, en los alrededores de Toledo y con vistas a la ciudad». En realidad, la huerta, cuando se mantiene, obedece tan solo a un sentimiento romántico y los cigarrales son frecuentemente viviendas permanentes. En 2004 había doscientos trece, que ocupaban una superficie total de 389 hectáreas. A lo largo del siglo XX, han pasado de tener una media de doce hectáreas por cigarral a unos dieciocho mil metros cuadrados, y solo

2  
Vid. ed. de Arellano y Zafra (2006: 532).

quedan seis que tienen más de diez hectáreas. La mayoría de estos cigarrales proceden de una parcelación de cigarrales anteriores, realizada en la segunda mitad del siglo xx, y carecen de carácter e incluso de vistas.

La etimología de la palabra *cigarral* ha hecho correr ríos de tinta y ha azuzado las más infundadas y pintorescas especulaciones. Como hemos visto, Covarrubias recogía la suposición del padre Guadix que atribuía al vocablo un origen árabe que vendría a significar «casa pequeña». El arabista Pascual Gayangos, en el siglo xix, hacía derivar la voz de «siguiera», en árabe «lugar de manantiales». Martín Gamero en su obra *Los cigarrales de Toledo* —publicada en 1857—, sostenía que *cigarral* era una palabra híbrida del árabe «cib» —equivalente a «señor»— y del latín «glarea», —que significa «regocijo en la casa de campo»—, que vendría a decir «casa de campo preparada con esmero para su dueño». Unamuno aventuró otra hipótesis durante una conversación celebrada en Salamanca el 4 de abril de 1921, que mi abuelo anotó en el margen de una página del libro que le había regalado días antes Pérez de Ayala: «Unamuno cree, según me dice, que “cigarral” viene de cigorro, esto es, cimborrio, sitio alto y eminente. “Cigorrales” llamaríanse primeramente y luego “cigarrales” a causa de su situación elevada». En su día consulté estas hipótesis con Emilio García Gómez, maestro de arabistas, y las desdeñó todas. Sin demasiado convencimiento apuntó como posible lo siguiente: en la España árabe la higuera era un árbol tan extendido que se convirtió en nombre genérico; arboleda se decía «figueral», pudiendo ser *cigarral* una derivación fonética de esta palabra árabe, aplicada en Toledo a unas fincas que contaban con numeroso arbolado.

Los viajeros ingleses del siglo xix, verdaderos artífices de la España de pandereta, en ocasiones con fundamento pero más frecuentemente inventándose, afirmaron que estas propiedades se llamaban *cigarrales* porque eran los lugares a donde los clérigos toledanos se retiraban para fumar a escondidas sus cigarros, y hubo hasta quien fabuló con la existencia de un tal *Mr. Cigarral* que prestó su nombre a la primera de estas fincas.

La interpretación del jesuita Jerónimo Román de la Higuera<sup>3</sup>, a principios del siglo xvii, parece la más acertada: «Los cigarrales son así dichos porque en el estío cantan allí mucho las cigarras». La experiencia de escuchar su incansable coro en las calurosas jornadas del verano es concluyente y abona como definitiva esta etimología. El hecho, además, de que el término *cigarral* sea relativamente

3

Fue un destacado autor de falsos cronicones para toledanizar a san Tirso y magnificar el pasado romano de la ciudad. Aunque ya en su época muchos pusieron de manifiesto estas supercherías, aún hoy algunas de sus invenciones tienen defensores. La cita pertenece a su obra *Historia eclesiástica de la imperial ciudad de Toledo y su tierra*.

moderno, es un argumento más a favor de esta tesis que algunos tacharán de poco imaginativa, como si la etimología perteneciera al reino de la ficción y no al de la ciencia. Y, sin embargo, los recientes descubrimientos que confirman el origen islámico de estas explotaciones agrarias reabren la posibilidad de imaginarnos una raíz árabe para el término *cigarral*, quizás en la línea apuntada por García Gómez. En Toledo la niebla del misterio difumina siempre la frontera entre la leyenda y la historia, la apariencia y la realidad.

## El Cigarral de Menores

*Cigarrales de Toledo* es el título de la célebre obra de Tirso de Molina, publicada en 1624, que constituye la verdadera ejecutoria de estas propiedades toledanas, distinguidas desde entonces con el atributo de la fama.

De los veinte cigarrales que Tirso relaciona, solo subsisten siete<sup>4</sup>, tras la reciente destrucción de los cigarrales del Bosque y Buenavista. Son venerables vestigios del pasado, pero también fuente de referencia de los nuevos cigarrales, el espejo en el que estos se miran para merecer su tradicional e ilustre nombre. En palabras del arquitecto y académico Fernando Chueca, «de todos ellos, el Cigarral de Menores es el más interesante y característico, por su tipismo y belleza arquitectónica, por su adecuación al lugar y al paisaje, y por haber sido durante muchos años el hogar predilecto del Dr. Marañón que le dio renombre internacional».

Jerónimo Román de la Higuera, en su obra *Historia eclesiástica de la imperial ciudad de Toledo y su tierra* escribe que «los cigarrales más preciados son los que están pasando el puente de San Martín. En general, los aires destos cigarrales son los más saludables de toda esta tierra. Cógense en ellos las mejores y más hermosas rosas de toda España». Entre ellos se encuentra el Cigarral de Menores.

Tirso de Molina lo describe como un lugar apacible con un jardín, «pezado del de Adán que es la envidia de los sitios más soberbios». Sus paredes



Tirso de Molina, *Cigarrales de Toledo*, portada de la primera edición (Madrid, 1624)

4

Los cigarrales históricos que se han conservado son: a) El Cigarral del Ángel (prácticamente reconstruido con excepción de su capilla, que se conserva; su portada original se encuentra en la casa toledana que pertenece a Fernando Chueca Aguinaga); b) Otros tres que figuran en la relación de Tirso de Molina pero que se apartan del concepto clásico de estas propiedades: el Monasterio de San Bernardo (restaurado por Tirso Rodríguez y hoy perteneciente a la Orden del Cister), el Palacio de Galiana (restaurado por Alejandro y Carmen Fernández de Araoz con la colaboración de Fernando Chueca



Goitia) y el Monasterio de las Nieves (restaurado por los marqueses de la Esperanza con la colaboración de Ignacio Vicens); y c) Tres cigarrales que constituyen los mejores exponentes de lo que son estas propiedades: el Cigarral de Quiroga (conocido hoy como la Quinta de Mirabel, propiedad del duque de Bailén), el Cigarral de la Cadena (propiedad de los herederos de Carmen Azañón), y el Cigarral de Menores, protagonista de estas *Memorias*. Hay trece cigarrales más cuyo origen se remonta al siglo XIX o a principios del siglo XX, entre los que sobresalen los de El Carmen, ejemplarmente mantenido por Javier Krahe, y Montealegre, figurando además los de Caravante, Santa Elena, Sagrario, Santa Úrsula, Covadonga, Bellas Vistas, Consuelo, Vaquero, Pilar, María del Mar y Duque, según la relación que hacen Vázquez González y Morollón Hernández (2005).

«se visten con doseles de naranjos y limoneros pegados a ellas, que sirven de escalas a jazmines, parras y nogales, no dejando blanco en sus piedras». Está situado a media ladera, en el paraje de San Jerónimo, al abrigo de los vientos, enfrente de la ciudad, en una posición privilegiada por su vista y por el agua que recogen sus pozos. Se llega a él desde el puente de San Martín, por una empinada cuesta que discurre entre tapias de piedra y adobe, pasando por delante de la ermita de San Jerónimo, que en origen le pertenecía. Modernamente se abrió una segunda entrada desde la carretera de Piedrabuena para facilitar el acceso en coche. Los linderos del Cigarral se han ido modificando con el paso del tiempo y hoy abarcan una superficie de casi quince hectáreas.

### **El convento y los jardines**

El edificio del antiguo convento es una ampliación de la villa renacentista que Juan Bautista Monegro construyó hacia 1600. Consta de dos plantas con un gracioso movimiento de planos y niveles. La construcción es sencilla y en parte está recubierta por una tupida hiedra. Una *loggia* de tres arcos sobre columnas toscanas y la espadaña ponen una nota de distinción en su arquitectura.





La capilla, adornada con yeserías mudéjares<sup>5</sup>, se encuentra en la planta baja y se abre sobre el mismo pórtico, así como el antiguo refectorio. Desde este se pasa a la biblioteca y al recoleto despacho de mi abuelo. La escalera principal, con preciosos azulejos de cuerda seca, abierta al pórtico, sube a la planta alta, donde antes estaban las celdas de los monjes y ahora se encuentran los dormitorios y los cuartos de estar.

Uno de los mayores encantos del edificio se debe al juego de sus plazuelas y jardines aterrazados, que integran armoniosamente los diferentes niveles del terreno. Parterres de rosales blancos enmarcados por setos de mirto. Granados, membrillos y madroños. Tiestos con boj, pequeños granados y geranios. Más rosales entre hiedras y jazmines. Escaleras de ladrillo y azulejo. Un estanque, fuentes de piedra y mármol y otra, fascinante, de Cristina Iglesias que aflora un manantial sobre un lecho poético de hojas de verde y plata. Transparentes cancelas de hierro y globos de granito bajo la sombra frondosa de los negrillos centenarios.

Tras estos jardines aparece amablemente el campo. Es un paisaje italianizante, un oasis de sensualidad y vegetación entre suaves colinas plateadas de olivos. Y almendros, moreras, higueras, granados, almeces y cipreses. En los linderos crecen exóticas pitas y chumberas. En algunas partes no labradas quedan vestigios de un paisaje anterior poblado de recias encinas y melancólicos enebros, retamas de floración amarilla, zumaques y cornicabras que en otoño parecen hogueras.

## Las estaciones

El otoño es un tiempo de paso. Sus primeras lluvias dejan un maravilloso olor a tierra mojada, arrastran el calor polvoriento del verano, reverdecen el campo. Los días son claros, agradables y declinantes. Las hojas de los árboles amarillean en contraste con el encarnado de las cornicabras. Con los primeros fríos encendemos la chimenea —de nuevo un olor límpido, el del humo de la leña de encina haciéndose aire— y los tiestos de los geranios y los granados se guardan en el invernadero de cristales emplomados y antiguas columnas de piedra.

En invierno recogemos la aceituna de los olivos, vareando las ramas siempre al alcance. Como un benéfico pedrisco, el fruto negro y frío se precipita cubriendo las mantas extendidas al pie del árbol. Entre dieciocho mil

PÁGINAS ANTERIORES

La espadaña de la fachada principal del Cigarral

El olivar con jaramagos en primavera

5

Se instalaron a mediados del siglo XX. De pequeño vi cómo llegaron en un carro tirado por una mula. Parecían escombros. Procedían del convento franciscano de San Juan de la Penitencia que fue totalmente destruido durante la Guerra Civil. Formaban parte de la casa que el cardenal Cisneros compró a Gonzalo de Pantoja para fundar el convento, que anteriormente había sido propiedad del contador mayor del rey Enrique IV, don Diego de Arias Dávila.





kilos y nada, así de extrema es nuestra cosecha que, cuando la hay, produce un aceite de oro muy puro que sabe a gloria. Al despertar febrero florecen los almendros con el inconfundible olor a miel de su blancura. Entonces el invierno en el Cigarral parece detenerse, titubeante entre las oscuras heladas nocturnas y los cálidos soles del mediodía. Rara vez nieva, pero cuando lo hace el Cigarral adquiere la belleza de un paisaje virgen de montaña.

La primavera irrumpe súbitamente y entonces los tiestos abandonan el invernadero. Es la temporada más grata. Todo brota pujante, entre sonidos de pájaros y colores. El campo verde se cubre de jaramagos y amapolas. Los lirios abren su flor barroca y el paseo de los lilos exhala el inolvidable perfume de mi niñez, cuando en las vacaciones de Semana Santa regresábamos a nuestro paraíso para esperar la llegada del conejo de Pascua. En las partes más agresivas crecen evanescentes orquídeas como mariposas y otras florecillas silvestres, retamas, tomillos y romeros.

El temprano estío es fecundo y asolador. La huerta ofrece entonces su rica cosecha de hortalizas y deseos. Las almendras se recogen, separándose las dulces de las amargas. De la higuera que está junto al estanque de los peces arrancamos los mejores higos, que rezuman almíbar transparente. Membrillos, cerezos, manzanos, albaricoques, nísperos, racimos de uvas verdes y malvas, granadas coronadas con sus abiertos costados de jugosos rubíes, maduran en las ramas mientras las aves impacientes las van catando, burlando espantapájaros. Sobre la fértil higuera colocábamos hasta hace poco una vieja muñeca pálida con la que jugaron mis primas en su infancia. Esta visión, tan surrealista como sobrecogedora, a los pájaros dejaba indiferentes. El riguroso calor vacía el aire y agosta el campo más allá de los jardines regados. Pero si algo caracteriza al verano es el incansable coro de las cigarras, intercalando silencios suspendidos de segundos entre el martilleante crepitar, a veces atronador, de sus cadencias y el sonido fresco del agua al reposar sobre las tazas de las fuentes.

PÁGINAS SIGUIENTES

Glicinias sobre la pérgola

Brocal en el jardín de los granados